

Nociones de cuerpo en la revolución somatoplástica

Martín Ruiz Calvente. I. E. S. Los Cerros. Úbeda. Jaén

1. La revolución somatoplástica

Es un modo de denominar a la mutua influencia entre tecnologías y ciencias de la vida y las nuevas pautas culturales de comprensión y transformación de los cuerpos humanos. El cuerpo humano ha pasado de ser nuestra realidad material *dada* a convertirse en una realidad modificada, construida, perfilada, según nuevos patrones culturales. La idea principal de esta revolución del siglo veinte es que el cuerpo humano es una realidad plástica modificable de parte a parte, externa e internamente, constituyendo el fundamento de la identidad y de los proyectos personales. Con las posibilidades prácticas de las bio-tecnologías el cuerpo que tenemos puede dejar de ser una circunstancia fatal (en sentido orteguiano) y transformarse en una realidad cambiada, nueva y más deseada.

Esta revolución significa que podemos controlar y modificar nuestro propio cuerpo, en muy diversos aspectos, imponiéndonos así sobre nuestra propia evolución biológica¹ e influyendo muy activamente en el resto de la biodiversidad. Por los medios tecnológicos y teóricos de las ciencias de la vida (ingeniería genética, dietética, cirugía plástica, farmacia, cosmética, educación física y deportiva, e infinidad de terapias, etc.), podemos ya manipular nuestro cuerpo convirtiéndolo en un “simulacro biológico”², en una cambiante realidad virtual, “simulación” de sí mismo, en una realidad disponible y modificable, según criterios diversos de salud, higiene, estética, etc. Y las modificaciones fenotípicas y genotípicas de nuestro cuerpo serán muy influyentes en nuestra evolución biológica.

Los descubrimientos científico-tecnológicos (anticonceptivos, implantes y prótesis, fecundación *in vitro*, clonación, etc.) han propiciado consecuentemente nuevas prácticas sobre nuestro cuerpo; pero igualmente las exigencias estéticas de ciertas profesiones (cantantes, modelos, etc.) han llevado a la investigación, promoción y utilización de nuevas tecnologías de la salud y la dermoestética. Por ello, la comprensión que debemos procurarnos de esta revolución sobre el cuerpo humano no debe ser la de que el complejo ciencias-tecnologías-economía determina las prácticas que luego los individuos desean ejercer sobre sus propios cuerpos, sino que, al mismo tiempo, es la confluencia de dicho complejo con unas nuevas *necesidades culturales*, relativas a una arquetípica imagen del propio cuerpo y a unos ideales de éxito social, la que ha llevado a la aparición de esta revolución científico-tecnológica y cultural. Dichas necesidades culturales se imponen masivamente a través de los *mass media*, originando así la fuerza motivadora para demandar las nuevas tecnologías del cuerpo, previamente operativas en los mercados.

¹ F. Ayala. *La teoría de la evolución. De Darwin a los últimos avances de la genética*. Madrid, 1999. Un exceso de dirigismo eugenésico puede llevarnos a un *brave new world*, según Huxley.

² M. L. Rovaletti. “La objetivación del cuerpo o el cuerpo como simulacro biológico”. En M. L. Rovaletti, (ed). *Corporalidad. La problemática del cuerpo en el pensamiento actual*. Buenos Aires: Lugar Ed., 1998. pp. 349-69.

La revolución somatoplástica presenta, al menos, estas líneas principales de prácticas sobre el cuerpo, que en muchos casos se solapan y complementan, pudiendo presentar consecuencias tanto positivas como negativas:

1. Prácticas de salud alimenticia, con dietas bajas en calorías y grasas, equilibradas, adaptadas al gasto energético de los individuos, para mantener una línea esbelta y fortalecida. Los alimentos modificados genéticamente y otros alimentos sintéticos pueden producir consecuencias impredecibles hoy en día; 2. Prácticas estéticas, como los cuidados de la piel, el cabello, la salud buco-dental; las terapias naturales (hidroterapias, etc.); las prácticas cosméticas como el vestido, ornamentos, esteticistas, depilaciones, tatuajes, piercing, etc. El ideal del *cuerpo adolescente* es el que estéticamente marca la pauta; 3. Prácticas deportivas, de muy distintas intensidades en esfuerzo físico, adaptadas a las distintas edades y exigencias personales; 4. Prácticas de cirugía estética, que son las cirugías tradicionales y las nuevas tecnologías de láser, térmicas, químicas, etc. para paliar deformaciones, alteraciones, etc. del cuerpo: la liposucción, depilaciones, implantes, operaciones de ojos, etc. Comercialmente, las cirugías dermoestéticas; 5. Prácticas de cirugía interna: nos referimos a los trasplantes de órganos, a la reposición de prótesis, válvulas artificiales, cambio de sexo, esterilizaciones, implantes, etc.; 6. Prácticas de ingeniería genética³: que operan en el nivel más interno y básico del cuerpo, como son la fecundación *in vitro*, extracción, fecundación e implante de óvulos, cultivo de células madre y de embriones, clonación de células, tejidos, órganos, modificación de genes, etc.

Desde lo más externo (hábitos de vida) a lo más interno (prácticas de ingeniería genética), el cuerpo humano puede estar sometido a múltiples prácticas de modulación, reconstrucción, transformación, etc., en diversos grados de intensidad. Estas prácticas son anunciadas en los medios de comunicación diariamente y están ampliamente demandadas y aplicadas. Son muchísimas las *aplicaciones positivas* de estas nuevas tecnologías somatoplásticas, que han de ser entendidas desde una nueva mentalidad del cuidado saludable del cuerpo. Sin embargo, filosóficamente, es interesante preguntar por la noción de cuerpo que está influyendo en esta revolución somatoplástica.

2. *Cuerpo como realidad exterior modificable*

El cuerpo es visto como lo exterior de la realidad humana, como su exterioridad material. Las ciencias de la salud han ido concretando y examinando los distintos sistemas del cuerpo humano, en sus niveles orgánicos, nerviosos, químicos, físicos, eléctricos, energéticos, genéticos, etc. El cuerpo es comprendido como mi objetivación exterior, como un objeto material mío que puedo modificar de diversos modos, y pieza a pieza. El cuerpo lo tengo, yo lo poseo y lo modifico a voluntad, bien a través de hábitos de vida o a través de tecnologías. El cuerpo como exterioridad, como lo que se aparece ante mí y ante los demás, se considera como mi estricta realidad.

Esta concepción del cuerpo como realidad material exterior y modificable viene a aquilatarse en la cultura del cuerpo y en el *culto al cuerpo*. Se advierte hoy una sobreestimación del cuerpo como si fuera la esencial realidad humana. La atención al cuerpo

³ Sobre multitud de problemas metódicos y sustantivos de bioética, *vid.* D. Gracia, *Fundamentos de bioética*. Madrid, 1989; *Problemas filosóficos en genética y embriología*. Madrid, 1994; *Fundamentación y enseñanza de la bioética*. I-IV. Bogotá: Ed. Búho, 1998.

físico y material “está llegando a un verdadero frenesí, a un delirio obsesivo”, escribía M. Zambrano⁴. Porque se han creado y extendido, masiva y publicitariamente, unas *necesidades culturales* muy fuertes y permanentes en torno al cuidado del cuerpo, lo que puede llevar a la actitud reduccionista de ver nuestra realidad corporal exclusivamente como cuerpo objetivo y exterior, como instrumento y objeto⁵. Pensar que del cuerpo únicamente cabe una imagen exterior y material es una reducción injustificada, porque además del cuerpo que tengo (*Körper*) me vivo como cuerpo sentiente (*Leib*) entre cuerpos vivos y cosas sentidas⁶.

Al ser absolutamente determinante la relevancia del cuerpo, ajustado a los modelos estéticos y sociales, para la *identidad personal*, los individuos hacen todo lo posible para forzar su cuerpo hacia el tipo ideal. Hay una reducción de mi *realidad corporal* a la *imagen estética* de mi cuerpo que socialmente está establecida; y cuando no conseguimos acercarnos a los modelos estéticos, entonces aparecen diversas psicopatologías⁷. Por ejemplo, la anorexia nerviosa es catalogada como una psico-patología por “cristalización de la cultura”, por las exigencias estresantes de éxito social de nuestra cultura occidental⁸.

El culto al cuerpo proviene de un exceso de devoción sacralizada por la figura exterior (*eidos*) del cuerpo, por su pura apariencia y manifestación externa. Este culto detecta y reconoce los *poderes* de un cuerpo cultivado, poderes propiciatorios de una mayor felicidad personal, de mayor consideración y éxito sociales, de liderazgo sobre los demás, o de reconfortante atracción sexual-sensual, etc. El *cuerpo cultivado* o *culto* es una *modulación cultural*. Este modelo cultural de cuerpo está fuertemente diferenciado en términos de sexo y género⁹, y es mucho más exigente, perjudicial e intolerante en el caso de las mujeres¹⁰.

Propendemos a la *valoración* de nuestro cuerpo real desde un *eidos corporal*, desde una *idea arquetípica* que ya está operando como exigencia inoculada por las técnicas de modificación de conducta de los medios publicitarios. Cultivamos entonces nuestro cuerpo en aras de alcanzar una mayor similitud con el cuerpo ideal, al que rendimos culto en forma de idolatría. Así hemos pasado del cuerpo como esa fatalidad a la que estoy arrojado al cuerpo como ídolo. Es esta atracción por el ídolo (en sentido nietzscheano), por el fetiche, por el ideal corporal lo que provoca el rechazo de nuestro *cuerpo real* y de nuestra realidad vivida corporalmente.

3. El estar corporal en el mundo

Poniendo entre paréntesis las necesidades culturales actuales sobre nuestra imagen del cuerpo y reconduciendo nuestra consideración a cómo nos sentimos en cuanto cuerpo vivo, descubrimos que el cuerpo no es únicamente algo que se tiene, ya sea en

⁴ M. Zambrano. *Breve antología*. Selección e introducción de J. F. Ortega. Granada, 2004. p. 47.

⁵ H. Lang. “El cuerpo como instrumento y objeto”. En M. L. Rovaletti (ed). *Corporalidad*. pp. 93-100.

⁶ Esta es una de las distinciones claves de la fenomenología de la corporalidad de Husserl.

⁷ B. Callieri. “La perspectiva fenomenológica de la corporalidad y la psicopatología”. M. L. Rovaletti (ed). *Corporalidad*. pp. 289 ss.

⁸ G. Weiss. “The Object Borders of the Body Image”. En G. Weiss & H. Fern (eds). *Perspectives on Embodiment. The Intersections of Nature and Culture*. Nueva York/Londres: Routledge, 1999. pp. 41-60; También G. Weiss. *Body Images: Embodiment as Intercorporeality*. Routledge, 1999.

⁹ J. Fernández (coord). *Varones y mujeres. Desarrollo de la doble realidad de sexo y género*. Madrid: Pirámide, 1996.

¹⁰ M^a Luz Pintos. “Cuerpo de mujer y violencia simbólica: una realidad universal”. En J. Rivera y M. López (eds) *El cuerpo. Perspectivas filosóficas*. Madrid: UNED, 2002. pp. 291-316.

su figura exterior o en su dotación genética, sino nuestro modo de *estar en el mundo*. Cuerpo es cómo me siento viviendo, qué sensaciones tengo, qué miedos y sorpresas, qué satisfacciones, qué proyectos y qué sentimientos me generan los seres vivos y las cosas. Sólo puedo vivir corporalmente, sólo sintiendo desde mi cuerpo la vida se presenta con sentidos. La cuestión más grave no es *qué cuerpo tengo* sino *cómo vivo corporalmente*, cómo mi cuerpo me instala en el mundo, vinculado respectivamente a los demás cuerpos y realidades, y cómo me siento así instalado, desde mis distintos actos intelectivos, de acción y de afectividad. Aquí es donde se abre la perspectiva del cuerpo vivido (*Leib*).

Más acá de la antropología física, muy atenta a la ingeniería genética, y la antropología cultural, como análisis crítico de los prototipos culturales de cuerpo exterior, podemos intentar describir la corporalidad humana como una corporalidad pasiva, como una unidad temporal de síntesis pasivas, por las cuales los seres vivos nos asemejamos. Cada individuo vivo (humano y no-humano) somos un cuerpo sentiente pasivo, que en las sensaciones, ubiestesias, cinestesias, percepciones, en nuestros afectos y acciones, ya antes de originarse intencionalidades cognitivas voluntarias y activas, nos vamos vinculando unos a otros; nuestra carne pasivamente nos vincula y nos abre a las demás realidades vivas y demás cosas del mundo. Esta apertura desde la pasividad sentiente que somos es el dato *radical*¹¹. Desde aquí se alcanza una noción de cuerpo humano interior (intra-cuerpo, diría Ortega), de cuerpo como las capas pasivas de mi realidad más íntima, donde se juega la dialéctica temporal y narrativa entre la ipseidad que soy y las alteridades por las que voy pasando¹². Desde esas vivencias interiores de mi corporalidad voy constituyendo *sentidos* sobre las realidades en que estoy, por ejemplo califico de “agradable” ese frescor de la hierba. Nuestro cuerpo es nuestra realidad donde se actualizan las otras realidades, es el conjunto de síntesis pasivas y activas por las cuales vamos experimentando el mundo de nuestra vida, mostrándonos como sujetos transcendentales, constituyentes de sentido de las cosas para nuestra vida. Reivindicamos la corporalidad viva y sentiente, pasivamente receptiva y abierta al mundo. Como dice Zambrano: “Todo me hablaba, todo me miraba, todo salía a mi encuentro, todo se revelaba, la palabra naciente. Porque yo vivía, sentía nacer la hierba, el polvo mismo, las sombras, todo estaba naciendo y todo crecía...”¹³.

El cuerpo de un ser vivo no se reduce a su estructura físico-química o genoma, tampoco, en el caso de los humanos, a las construcciones simbólicas de las culturas que lo modulan fuertemente, como sucede con la cultura somatoplástica actual. Se trata de reivindicar un espacio legítimo para la noción de corporalidad sentiente, que vive con los otros cuerpos vivos y demás realidades, dotándolas de *sentidos* desde sus propias sensaciones pasivas hasta sus representaciones más abstractas. El cuerpo, desde la perspectiva fenomenológica, es nuestra realidad más íntima y más humana, desde él estamos en la realidad viviéndola. Es esa *vida del cuerpo* la que hay que meditar desde su propio espacio fenomenológico, con independencia de los caracteres genéticos y de las imposiciones culturales sobre el cuerpo.

Decía M^a Lucrecia Rovalletti que en la revolución somatoplástica “el cuerpo pierde su valor ético, mientras aumenta su valor técnico y comercial”¹⁴. Hay que mostrar la

¹¹ E. Husserl. *Ideas II*. México: UNAM, 1997. pp. 35-47; *vid.* J. Rivera y M. López (eds). *El cuerpo*.

¹² P. Ricoeur. *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI, 1996.

¹³ M. Zambrano. *Breve antología*. p. 27.

¹⁴ M. L. Rovalletti. “La objetivación del cuerpo o el cuerpo como simulacro biológico”. p. 359.

realidad ética individual y social de todo cuerpo vivo; nuestro cuerpo nos abre a las relaciones éticas con los demás seres humanos y demás seres vivos¹⁵. El *valor ético* del cuerpo vivo como pasividad sentiente es que el sufrimiento nos asemeja, nos vincula y nos fuerza a ponernos en el lugar de cualquier otro ser vivo sentiente y dejarlo ponerse también en nuestro lugar. Por esto, la ética no es un añadido superfluo a la vida humana, sino que nuestra corporalidad sentiente nos vincula éticamente. Estamos abiertos a los demás desde una actitud socorrente¹⁶. Pues nuestro cuerpo que sufre pre-comprende que el dolor inútil y el sufrimiento gratuito es el mal radical que hay que evitar constantemente¹⁷.

La antropología, practicada desde una actitud fenomenológica, nos posibilita poder poner entre paréntesis las imágenes deformantes y degradantes de los cuerpos para, en una reconducción a nuestra realidad sentiente más primaria y animal, descubrir que somos un cuerpo dotado ya desde siempre de una sensibilidad pasiva, desde la que todos los cuerpos vivos estamos sintiéndonos mutuamente, y que por ello somos *sujetos transcendentales* en cuanto constituyentes de sentidos, según nuestros cuerpos. Desde aquí se alcanza una noción ética de la realidad del cuerpo humano vinculado a la naturaleza¹⁸.

Martín Ruiz Calvente
Ramón y Cajal 11
Sabiote. 23410. Jaén

¹⁵ UNESCO. *Derechos internacionales de los animales*. 1978; *La carta de la Tierra*, 2000.

¹⁶ X. Zubiri. *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza: 1986. pp. 235-6.

¹⁷ S. Sontag. *Ante el dolor de los demás*. Madrid: Alfaguara, 2003.

¹⁸ J. San Martín y M^a L. Pintos. "Animal life and Phenomenology". En S. Growell (ed). *The Reach of Reflection: Issues for Phenomenology's Second Century*. 2001.